

Tariq Ali

Los dilemas de Lenin

Terrorismo, guerra, imperio,
amor, revolución

Traducido del inglés por Alejandro Pradera

Alianza Editorial

Título original: *The Dilemmas of Lenin. Terrorism, War, Empire, Love, Revolution*

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Tariq Ali 2017. All rights reserved
© de la traducción: Alejandro Pradera Sánchez, 2017
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-893-0
Depósito legal: M. 25.534-2017
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11 Agradecimientos

13 Introducción

PRIMERA PARTE

TERRORISMO Y UTOPIA

45 Terrorismo contra absolutismo

89 El hermano mayor

103 El hermano menor

SEGUNDA PARTE

EL INTERNACIONALISMO, EL SOCIALISMO, LOS IMPERIOS Y LA GUERRA

133 El nacimiento del internacionalismo

167 El socialismo

187 Imperios en guerra

TERCERA PARTE

1917-1920: ESTADOS Y REVOLUCIONES

213 Febrero

249 Octubre

- 267 Las consecuencias
289 La Tercera Internacional
307 El Ejército Rojo, la Guerra Civil, los filósofos militares

CUARTA PARTE

LA CUESTIÓN DE LAS MUJERES

- 345 La primera oleada
371 Las mujeres octubristas
401 Luz del sol, luz de luna

QUINTA PARTE

AGRUPÉMONOS TODOS EN LA LUCHA FINAL

- 429 Hasta el final
461 Amigos y enemigos
481 Epílogo
La ascensión a las altas montañas, por V. I. Lenin
485 Glosario de nombres
497 Lecturas adicionales
503 Índice analítico

*Para los que vendrán después: tan solo el pasado
puede abrir la puerta del futuro.*

Agradecimientos

HE ESCRITO ESTE LIBRO para situar a Lenin en un contexto histórico apropiado. Para mí ha sido un enorme placer releer sus principales escritos y el material relacionado con ellos. Hoy en día se leen de una forma distinta en comparación con el siglo pasado, pero conservan toda su fuerza. Normalmente, yo empiezo a escribir un libro después de gran cantidad de debates con el público que asiste a las conferencias y a los mítines. En esta ocasión, mis únicos compañeros han sido los libros. Entre ellos (se enumeran en el apartado de Lecturas adicionales), he de destacar el extraordinario trabajo del desaparecido John Erickson, el historiador militar por excelencia, cuyos estudios sobre el Ejército Rojo y sus estructuras de mando entre 1917 y 1991 no tienen igual en ningún idioma.

Tengo que darle las gracias a Perry Anderson por nuestras conversaciones puntuales sobre asuntos concretos; a Robin Blackburn y a Susan Watkins, mis compañeros de la redacción de la *New Left Review*; y a Sebastien Budgen, editor de Verso, París, que, como siempre, me envió algunos textos sumamente útiles para que los asimilara. Asimismo, he de dar las gracias por leer el manuscrito, y sugerirme importantes cambios y aclaraciones, a

David Fernbach, camarada mío desde hace casi cincuenta años, y a Leo Hollis, mi editor en Verso, Londres —cuyo abuelo, Christopher Hollis, fue uno de los primeros biógrafos de Lenin, que sin duda habría estado en desacuerdo con la mayoría de mis valoraciones. Mark Martin, de Verso, Brooklyn, y Rowan Wilson y Bob Bhamra de Verso, Londres, hicieron posible una transición suave en el frente de la producción. Y muchas gracias también a Ben Mabie, de Verso, Brooklyn, por preparar un primer borrador del glosario de nombres.

T. A.

28 de octubre de 2016

Introducción

Sobre Lenin

Aquí estoy, no puedo hacer otra cosa.

MARTÍN LUTERO

¿POR QUÉ LENIN? En primer lugar, porque este año se conmemora el centenario de la última gran revolución de Europa. A diferencia de sus predecesoras, la Revolución de Octubre de 1917 transformó la política *mundial*, y de paso dio un vuelco al siglo xx con un ataque frontal al capitalismo y a sus imperios, lo que aceleró la descolonización. En segundo lugar, la ideología dominante de hoy en día, y las estructuras que defiende, son tan hostiles a las luchas sociales y de liberación del siglo pasado que la recuperación de la mayor cantidad posible de memoria histórica y política se convierte en un acto de resistencia. En estos tiempos difíciles, incluso la oferta anticapitalista es limitada. Es apolítica y ahistórica. Hoy en día el cometido de la lucha no debería consistir en repetir ni replicar el pasado, sino en asimilar las lecciones, tanto negativas como positivas, que nos brinda. Es imposible lograrlo si se desconoce el argumento a estudiar. En el siglo pasado, durante mucho tiempo, quienes honraban a Lenin, en gran medida le desconocían. Le veneraban, pero raramente leían sus escritos. Lo más habitual, en todos los continentes, era que su propio bando malinterpretara e hiciera un mal uso de Lenin con fines instrumentales: partidos y sectas, grandes y pequeños, que reivindicaban su legado.

El culto a Lenin, que él mismo aborrecía incluso en su manifestación más incipiente, resultó desastroso para su pensamiento. Sus textos, que él nunca pretendió que fueran artículos de fe ni los escribió como tales, fueron momificados, lo que dificultó la comprensión de su formación política. Ese fenómeno debe encuadrarse en la confluencia de dos procesos históricos. Lenin fue un producto de la historia de Rusia y del movimiento obrero europeo. Ambos planteaban preguntas sobre las clases sociales y los partidos, sobre la acción y los instrumentos. Así pues, la síntesis elaborada por Lenin se vio condicionada por el entremezclarse de dos corrientes muy distintas, que podríamos denominar, a grandes rasgos, anarquismo y marxismo. Lenin desempeñó un papel crucial en el triunfo del segundo.

Por todo ello, antes de pasar a comentar algunos problemas específicos que tuvieron que afrontar Lenin y los bolcheviques, me propongo explicar por extenso la historia y la prehistoria de ambas corrientes. Sin esa tarea arqueológica no es fácil comprender los dilemas que Lenin tuvo ante sí.

Hace falta imaginación para malinterpretar a Lenin y a Trotsky, o para presentarlos como políticos progresistas disfrazados. Al margen de lo que cada cual piense sobre ellos, la lucidez de su prosa deja poco margen para la malinterpretación política. Como nos ha recordado recientemente Perry Anderson, el destino de Antonio Gramsci, el tercer pensador por orden de importancia que surgió de la tradición comunista de la Tercera Internacional, ha sido un tanto diferente, y por distintos motivos que tienen que ver con su encarcelamiento por los fascistas italianos¹.

¹ En una nueva introducción al libro que contiene su ensayo «The Antinomies of Antonio Gramsci», Anderson detalla los bochornosos intentos tanto

Empecemos por el principio. Sin Lenin no habría habido una revolución socialista en 1917. De eso podemos estar seguros. Los estudios más recientes de los acontecimientos no han hecho más que consolidar esa opinión. La facción, y posteriormente el partido, que Lenin creó meticulosamente a partir de 1903 simplemente no estuvo a la altura de su misión de fomentar una revolución durante los meses cruciales que van de febrero a octubre de 1917, el periodo de mayor libertad a lo largo de toda la historia de Rusia. Una gran mayoría de sus líderes, antes del regreso de Lenin a Rusia, estaba dispuesta a transigir en muchas cuestiones cruciales. La lección que podemos aprender de ellos es que incluso un partido político —específicamente formado y educado con el único propósito de organizar una revolución— puede tropezar, desfallecer y caer en el momento más crítico.

En esa dirección avanzaban los bolcheviques como partido desde el punto de vista estratégico y táctico antes de abril de 1917. Ningún partido puede tener razón siempre. Tampoco un líder político, ni siquiera un dirigente dotado de las cualidades y la fuerza de voluntad más excepcionales. No obstante, en este caso particular, Lenin era consciente de que si no se aprovechaba el momento, la reacción volvería a triunfar de nuevo. Los acontecimientos le favorecieron. Lenin arrastró tras de sí a unos dirigentes bolcheviques renuentes por el procedimiento de ganarse el apoyo de las bases del partido y, lo que es más importante, el de los soldados, completamente hastiados de la guerra. En el caso de las tropas, fueron los eslóganes de los agitadores bolcheviques del frente los

de los anticomunistas como de los comunistas para momificar a Gramsci, e incluso para presentarlo como un demócrata-liberal, entre muchas otras cosas.

que verbalizaron lo que ellos mismos pensaban y se decían unos a otros en voz baja en sus trincheras, o cuando participaban en las deserciones masivas. La historia le hizo un regalo a Lenin en la forma de la Primera Guerra Mundial. Él asió aquel regalo con las dos manos y lo utilizó para pergeñar una insurrección. Las revoluciones son las que hacen que la historia ocurra. Los progresistas de todo tipo, con raras excepciones, siempre están en el otro bando².

La Primera Guerra Mundial fue el dilema inicial para Lenin. La persona a la que él más admiraba y a la que consideraba su mentor era Karl Kautsky, el socialista alemán. Lo que conmocionó a Lenin fue la capitulación de Kautsky ante la fiebre belicista que cundió en Alemania. Hasta entonces Lenin pensaba que una buena comprensión de Marx era una vacuna suficiente contra la mayoría de las enfermedades infecciosas intelectuales, sobre todo la del entusiasmo por las guerras imperialistas. Resolvió el problema con una airada ruptura pública con el Partido Socialista Alemán y, asumiendo la definición que hizo de él Rosa Luxemburgo, calificándolo de «cadáver hediondo». Por desgracia, no era así. Aquel «cadáver» siguió siendo un pesado lastre para los trabajadores de Alemania hasta el día de hoy.

² El libro *Contrahistoria del liberalismo*, de Domenico Losurdo (Ediciones de Intervención Cultural, Vilassar de Dalt, 2007), está cuajado de ejemplos de la filosofía progresista en la práctica. Uno de ellos resulta especialmente aleccionador. Losurdo señala que el reconocimiento de Haití por Estados Unidos tras la Guerra de Secesión fue puramente instrumental. Estados Unidos, incluido el propio Lincoln, todavía no había descartado la idea de «depositar en la isla del poder negro a los ex esclavos, a los que se pensaba deportar de una República que seguía inspirándose en el principio de la supremacía y la pureza de la raza blanca».

El siguiente dilema que iba a afrontar Lenin tenía que ver con el camino hacia la revolución. A partir de la Revolución de Febrero de 1917 dejó de ser una cuestión abstracta. Lenin optó por una revolución socialista, provocando el caos dentro de su propio partido. En un momento dado, Lenin tachó a los viejos bolcheviques de «conservadores» empantanados en una ciénaga centrista. Tan solo recuperó su apoyo cuando se dieron cuenta de que políticamente los obreros de Petrogrado iban por delante de ellos.

Ha habido largos debates sobre el papel de los individuos en la historia. La visión del siglo XVIII, por la que la historia la hacían los individuos conscientes, sufrió un rotundo desmentido durante el siglo siguiente, y también por parte de muchos eminentes historiadores premarxistas, para los que no era posible un debate serio sobre la historia sin analizar las condiciones sociales y económicas. La idea de que las fuerzas sociales y materiales crean las condiciones en las que los individuos se transforman y actúan de un modo que sería impensable en unas circunstancias diferentes fue sistematizada por Marx y Engels, y esa idea fue aceptada de forma generalizada durante la mayor parte del siglo XX. Es válida para todo tipo de individuos: para Napoleón y Bismarck, y también para Lenin, Mao Zedong, Ho Chi Minh y Fidel Castro.

Si se hubiera retrasado la Guerra Civil Inglesa, Oliver Cromwell y su familia habrían cruzado el Atlántico y se habrían instalado en el baluarte disidente³ de Nueva Inglaterra. Si la Revolución Francesa no se hubiera producido, Bonaparte se habría marchado de Francia, como tenía pensado hacer, y habría buscado

³ *Dissenter*, en el original, en la acepción de los grupos religiosos protestantes disconformes con la Iglesia de Inglaterra. (*N. del T.*)

un empleo en el Ejército Imperial ruso. Como afirmaba Kropotkin en su memorable historia de la Revolución Francesa, un libro que entró a formar parte del legado común del movimiento revolucionario ruso, el contexto lo determinaba todo:

Por eso, la Revolución Francesa, al igual que la Guerra Civil Inglesa del siglo anterior, se produjo en el momento en que las clases medias, tras beber de lo más profundo de las fuentes de la filosofía actual, adquirieron conciencia de sus derechos, e idearon un nuevo modelo de organización política. Con la fuerza de ese conocimiento, y ansiosas por cumplir su misión, las clases medias se sentían muy capaces de apoderarse del gobierno, arrebatárselo a una aristocracia palaciega que, por su incapacidad, su frivolidad y su libertinaje, estaba llevando al reino a la ruina total. Pero las clases medias y cultas no habrían podido hacer nada por sí solas si, en consonancia con toda una cadena de circunstancias, la masa de los campesinos no se hubiera sublevado también, brindándole a las clases medias descontentas, a través de una serie de insurrecciones incesantes que duró cuatro años, la posibilidad de enfrentarse tanto al rey como a la corte, de poner patas arriba las viejas instituciones y de modificar el ordenamiento político del reino.

Sin la Primera Guerra Mundial y la Revolución de Febrero de 1917, Lenin habría muerto en el exilio, como uno más de los muchos revolucionarios rusos abocados a no ver con sus propios ojos la caída de la autocracia. Es muy probable que Trotsky hubiera acabado siendo un novelista ruso en la tradición clásica. No obstante, incluso cuando las condiciones favorecen las convulsiones revolucionarias, raramente existen organizaciones capaces de aprovecharlas. Las insurrecciones, sublevaciones y revoluciones fa-

llidas jalonan la historia de nuestro mundo. ¿Por qué perdió Espartaco? ¿Por qué triunfó Toussaint Louverture? Cada una de esas respuestas está profundamente ligada a la historia de la época en que vivieron dichos individuos. Y lo mismo puede decirse de Lenin.

Fue Otto von Bismarck, el Canciller de Hierro de la recién creada Alemania, quien insistió en minimizar su propio papel, pues él mismo defendió aquella inteligente postura de los conservadores en un discurso que pronunció ante el Reichstag del norte de Alemania en 1869:

Señores, no podemos ignorar la historia del pasado ni tampoco crear el futuro. Me gustaría prevenirles en contra del error que lleva a la gente a adelantar las manecillas de sus relojes, pensando que así están acelerando el paso del tiempo. A menudo se ha exagerado mi influencia en unos acontecimientos que supe aprovechar; pero a nadie se le ocurriría nunca *exigirme hacer la historia*. Yo no sería capaz de hacerlo ni siquiera aliándome con ustedes, aunque juntos podríamos resistir contra el mundo entero. No podemos hacer la historia: debemos esperar mientras se hace. No lograremos que la fruta madure más deprisa por el procedimiento de someterla al calor de un farol; y si cogemos la fruta antes de que esté madura, lo único que conseguimos es impedir que crezca y echarla a perder.

Los herederos de Bismarck o, para ser exactos, el fuego de la artillería alemana, maduraron prematuramente la fruta en Rusia. Lenin confiaba en que una vez realizado el injerto entre los árboles frutales de Alemania y Rusia, el resto del continente, a excepción de Gran Bretaña, estaría más que maduro para una revolución. Y para colmo, Lenin no tenía el mínimo reparo en hacer la

historia, en comprimir en un solo día la experiencia de diez años. Los acontecimientos no se desarrollaron del todo como él esperaba en el resto de Europa, pero por motivos contingentes, más que por las condiciones objetivas.

Este libro es una contextualización sin la que resultaría incomprendible la historia de la Revolución Rusa.

Por ejemplo, la fase terrorista del siglo XIX, que contó con la adhesión de un sector considerable de la *intelligentsia* progresista, terminó cuando los dirigentes de La Voluntad del Pueblo votaron unánimemente a favor del único punto de la agenda: ejecutar a Alejandro II sin más dilación. La ejecución se llevó a cabo con éxito bajo el mando de Sofía Perovskaya; durante la oleada de represión que vino a continuación, los pequeños grupos que habían sobrevivido fueron aplastados. No debemos infravalorar la repercusión de aquellos eventos en *todos* los partidos políticos que surgieron en Rusia durante la primera década del siglo XX.

Las buenas intenciones de los historiadores y los ideólogos progresistas han contribuido a perpetuar la idea de que de no haber sido por la «aberración» bolchevique, la democracia rusa habría progresado sin sobresaltos y se habría sumado a la ciénaga de Europa Occidental. Pero ¿qué democracia ha discurrido sin sobresaltos? Eso no ocurrió en 1991, como tampoco habría sucedido en 1917. En realidad, teniendo en cuenta la relación de fuerzas y la persistencia de la guerra, lo más probable habría sido el ascenso al poder de una dictadura militar del ala dura a través de los pogromos de masas y de una represión a gran escala, con apoyo de los países de la Entente a fin de mantener a Rusia en la contienda.

La Revolución de Febrero dio lugar a un Gobierno débil que era incapaz de afrontar la crisis y que estaba comprometido con la

guerra. Tan solo había dos fuerzas que habrían podido llenar el vacío: los bolcheviques, después de recibir un enérgico curso de reeducación a manos de Lenin, y los generales Kornílov, Denikin, Kolchak y Wrangel, y la cohorte de este último, quien encabezó a los blancos durante la guerra civil que estalló tras la Revolución.

Cuando no existe un partido revolucionario, o el que hay ha sido derrotado y decapitado, lo que triunfa es la reacción, no el reformismo. Esa pauta se ha mantenido constante desde Cavaignac y Luis Napoleón hasta Groener, Noske, Mussolini y Hitler, desde Suharto hasta Pinochet, y en la política de la práctica totalidad de los presidentes de Estados Unidos.

¿Por qué habría tenido Rusia que tomar un rumbo distinto en caso de que no hubiera habido una revolución, o si el Ejército Rojo hubiera perdido la guerra civil?⁴ Los historiadores progresistas y conservadores a menudo rebajan los acontecimientos de octubre de 1917 a la categoría de «golpe de Estado». No es así. Es verdad que el proletariado urbano en el que se basó la Revolución era una minoría de la población, dominada por un campesinado desperdigado por el gigantesco interior del país, y que apoyó los decretos de los bolcheviques sobre la propiedad de la tierra inmediatamente después de la Revolución de Octubre. Sin ese apoyo creciente de los campesinos pobres, los bolcheviques no habrían podido ganar la guerra civil. La máxima de Lenin por la que la mayoría estratégica necesaria para ganar ha de contar con un

⁴ Para mis ideas sobre el desenlace estalinista de la Revolución, véase Tariq Ali (ed.), *The Stalinist Legacy: Its Impact on Twentieth-Century Politics*, Londres y Boulder, 1984; y Tariq Ali, *Miedo a los espejos*, Madrid, 2016 (una novela reeditada recientemente).

predominio de la fuerza decisivo, en el lugar decisivo y en el momento decisivo, tuvo un significado relativamente limitado en Rusia.

Los bolcheviques pusieron fecha a la insurrección tan solo después de conseguir la mayoría en los soviets. A Lenin se le puede reprochar que se basara exclusivamente en los obreros, pero ahí estaba siguiendo las instrucciones de los padres fundadores del movimiento, Marx y Engels. Y esa fue también la razón de que disolviera la Asamblea Constituyente en enero de 1918. En aquel caso, los bolcheviques argumentaron que los soviets eran una forma superior de democracia y que no iban a perder tiempo debatiendo contra el Partido Social-Revolucionario (PSR) en una cámara que había quedado desbordada por la Revolución. Sin embargo, los resultados electorales de los bolcheviques en aquellas elecciones sí dieron fe del enorme apoyo con que contaban en las ciudades. De un total de 37,5 millones de votos emitidos, 16 millones (sobre todo en las zonas rurales) fueron a parar a los social-revolucionarios (o *eseristas*), 10 millones (sobre todo en las áreas urbanas) fueron para los bolcheviques, y 1,3 millones (de los que 570.000 fueron en la región del Cáucaso), para los mencheviques.

Los periodos revolucionarios invariablemente abarcan una enorme fluctuación de la conciencia política que nunca puede quedar plasmada con exactitud en un referéndum. El hecho de que las guarniciones de Petrogrado y Moscú se pusieran tan pronto de parte de los bolcheviques tuvo mucho que ver con la aceleración de los desastres en el frente. Los campesinos de uniforme, políticamente radicalizados por la guerra, sencillamente no querían seguir luchando para un régimen que no tenía el mínimo interés por ellos, ni por sus familias, ni por su bienestar, ni por las

condiciones en las que combatían las tropas. El conciso eslogan de Lenin que encarnaba el programa de transición de los bolcheviques —«Tierra, paz y pan»— era brillante (como no tuvieron más remedio que reconocer incluso sus muchos enemigos). Detrás de cada una de esas palabras había un conjunto de ideas que englobaban la estrategia de los bolcheviques.

Ningún partido revolucionario de vanguardia puede triunfar por sí solo. Por esa razón, los adictos al término «golpe de Estado» demuestran tener una escasa comprensión de la Revolución. Al margen de si algún día volveremos a asistir a otra (esa es una cuestión diferente y un debate distinto), la revolución proletaria tal y como la concebían Marx y Lenin es un gigantesco *despertar* de los millones de explotados, que creen en su capacidad de emanciparse por sí mismos.

Las fracturas en el Estado, las divisiones entre la clase gobernante y la indecisión por parte de las clases intermedias allanan el camino para la aparición de un poder dual que, en Rusia, dio lugar a la creación de nuevas instituciones, y posteriormente, en China, en Vietnam y en Cuba, dependieron de unos ejércitos revolucionarios con distintas composiciones de clase que entablaron una lucha encarnizada contra sus respectivas maquinarias estatales.

En el caso de Rusia, Lenin lo formuló con su habitual claridad pocas semanas antes de la Revolución de Octubre:

Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse no en una conspiración, no en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto en primer lugar. La insurrección debe apoyarse en el *ascenso revolucionario del pueblo*. Esto en segundo lugar. La insurrección debe apo-

yarse en ese *momento de viraje* en la historia de la revolución en ascenso, en que la actividad de la vanguardia del pueblo está en su apogeo, en que son mayores las *vacilaciones* en las filas del enemigo y en las filas de los débiles, fríos, indecisos amigos de la revolución. Esto en tercer lugar. Y estas tres condiciones, al plantear el problema de la insurrección, son las que distinguen el marxismo del blanquismo. Pero, una vez dadas estas condiciones, negarse a concebir la insurrección como un *arte* significa traicionar el marxismo y traicionar la revolución⁵.

Tras la debacle de los Días de Julio, cuando las masas intentaron ponerse a la cabeza del partido durante una situación que aún no estaba madura, el Gobierno cerró los periódicos bolcheviques, encarceló a algunos de los líderes del partido, y Lenin se exilió en Finlandia. Desde allí envió las cartas políticas más apremiantes en la historia de las revoluciones, implorando, argumentando que los Días de Julio habían sido un revés transitorio, que las masas volverían a sublevarse, y que el partido debía estar preparado. Lenin señalaba, con gran acierto, que «Marx resume las enseñanzas de todas las revoluciones, en lo que a la insurrección armada se refiere, citando las palabras de “Dantón, el más grande maestro de táctica revolucionaria hasta ahora conocido: audacia, audacia y siempre audacia”»⁶. En un tono más agresivo, Lenin provocaba a sus críticos mencheviques y bolcheviques citando a Napoleón: «Primero entrar en combate, después ya se verá».

⁵ Traducción del ruso, V. I. Lenin, «El marxismo y la insurrección», en *Obras Completas*, tomo XXVII, p. 128, Madrid, Akal, 1976. (*N. del T.*)

⁶ «Consejos de un espectador», *ibíd.*, p. 292. (*N. del T.*)

Dos importantes miembros del Comité Central Bolchevique, Kámenev y Zinóviev, no estaban convencidos, y se oponían enérgicamente a la insurrección, llegando al extremo de hacer pública la fecha prevista en el periódico de Gorki. De hecho, no era ningún secreto que los bolcheviques planeaban una revolución. Lenin lo había dicho claramente cuando llegó a la Estación de Finlandia. Resulta comprensible la ira de Lenin cuando las versiones bolcheviques de Rosencranz y Guilderstern en el Comité Central revelaron la fecha prevista para la insurrección —el factor sorpresa es crucial en todas las guerras, incluidos los conflictos sociales y políticos— pero al final no tuvo la mínima importancia. La insurrección se produjo de todas formas, demostrando que una clase gobernante sumida en la confusión no puede hacer nada contra las masas que desean dar un salto hacia adelante, ni siquiera cuando sus miembros conocen la fecha de la revolución.

¿Por qué la insurrección es un arte? Porque una sublevación armada contra el Estado capitalista o contra unos ejércitos imperialistas ocupantes tiene que coreografiarse con precisión, sobre todo durante sus fases finales⁷. Es preciso liderar de forma coherente a las milicias obreras armadas y a los soldados para alcanzar la victoria. La decisión final se dejó en manos del Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado, presidido por León Trotsky, un nuevo bolchevique, y que contaba con una mayoría bolchevique. Y además, se informó de la victoria al Soviet, que en

⁷ Eso es igual de válido para Petrogrado en 1917 como lo fue para Beijing en 1949, para La Habana en 1960, para Hanoi en agosto de 1945 y para Saigón en 1975.